

“Salvador Rodríguez Losa, cimiento de la historia antropológica” Publicado en *Informe Fracto*. Edición digital. 24 de septiembre de 2019.

Carlos Evia Cervantes

Hay maestros que llegan a ser buenos amigos de sus alumnos y, por otra parte, hay personas que son verdaderos maestros de sus amigos. Salvador Rodríguez Losa lograba ambas situaciones sin ningún esfuerzo.

Aquellos que tuvimos la fortuna de conocer y convivir con Salvador, guardamos en nuestra memoria su recuerdo en forma especial. Las remembranzas que se hacen de su persona, han reforzado el entrañable afecto que en vida le tuvimos.

Para muchos, él fue un gran maestro, por sus amplios conocimientos en diversos temas académicos y por la manera tan amena de enseñar a sus alumnos. Pero no sólo fue un destacado docente por las dos razones anteriores, sino estimulaba a sus alumnos para que investigaran y se preocuparan por aprender por su propia iniciativa.

Algunos funcionarios de otras facultades decían que Salvador más que director era un gurú de su centro educativo. Esto se debía a que mucha gente se acercaba a pedirle consejo. Salvador no asumía una actitud de superioridad por esto, sino que, de manera velada, proponía soluciones a los problemas personales que sus solicitantes le planteaban con un método muy propio y original: les contaba sus experiencias de vida y las decisiones que tomó en casos similares.

Sin reservas, platicaba las dificultades que tuvo para cursar la carrera de Antropología y Arqueología, los problemas de los primeros días de esa Escuela, hoy Facultad, y las cosas a las que tuvo que renunciar por seguir su vocación.

Con mucha sensibilidad colocó a muchos de sus alumnos y conocidos en puestos de trabajo en escuelas e instituciones de gobierno. A pesar de su mayor edad con respecto a la de los estudiantes supo entender y resolver los conflictos que se presentaban cotidianamente en Antropología.

Su trato fue siempre amable para con todos, amigos y desconocidos. Pero supo hablar y actuar con firmeza cuando la situación lo requirió. Resolvió los más increíbles problemas con la ayuda de su natural inteligencia y con la experiencia que la vida le dio.

Salvador contaba anécdotas, bromas y toda clase de relatos que fueron el condimento de las reuniones de café, de restaurantes y bares. Aplicaba los refranes en las situaciones justas.

Los maestros visitantes que llegaban de otras universidades a la Facultad, eran atendidos por Salvador y sus más cercanos colaboradores. Eduardo Corona, Carlos Serrano, Andrés Medina, Andrés Fábregas y otros muchos, gozaron de las aventuras que permitieron el tiempo libre y la amistad de Salvador en su plenitud. Cada uno de aquellos visitantes recuerda los episodios alegres que le tocó vivir junto a él.

Una vez le pregunté cómo era posible que no se enojara con ciertas personas que transitoriamente lo atacaron personal y políticamente. Les contestaba con

diplomacia y tranquilidad; además les procuraba favores y atendía sus solicitudes. Su respuesta fue la siguiente “Es natural que haya gente conflictiva y traigan sus frustraciones aquí. Pero no me molesta que me ataquen. Si no tuviéramos enemigos, Carlos, empezáramos a pelear entre nosotros mismos”. De hecho, sus ocasionales antagonistas llegaron a apreciarlo e incluso admirarlo. En cierta ocasión hubo un fuerte conflicto entre maestros. Al terminar la reunión del Consejo Técnico, nos quedamos a deshoras a imprimir un documento en el mimiógrafo (antigua máquina impresora) y yo le pregunté muy preocupado ¿Salvador, qué va a pasar si no se resuelve este problema? Me contestó sonriendo: “Mi estimado amigo, después de la crisis viene el auge, nada permanece para siempre y es parte de la dialéctica”. Hoy día, cada vez que tengo un problema serio, me acuerdo de sus palabras y me reconfortan.

La extraordinaria simpatía que despertaba Salvador en quienes lo conocían hacía pensar que cada uno de nosotros era su mejor amigo o al menos, uno de los más cercanos. Así que muchos nos sentíamos los mejores amigos de Salvador, pero su bondad era tan grande que a lo mejor si era cierto.

Cuando la Universidad Autónoma de Yucatán formalizó los periodos de duración del cargo de director, él organizó su salida y dejó a su sucesor el camino libre para la toma de decisiones. Con toda sencillez me confió que se alejaba de la Facultad para que no se vaya a malinterpretar su presencia en la misma.

En esos momentos redimensioné la grandeza y la humildad de Salvador, pues no le tuvo el menor apego al poder del cargo. Supo buscar otros horizontes y dar paso a los cambios naturales de la institución. Nos dolió más a muchos de nosotros el hecho de que él dejara de ser director que a él mismo.

En el año 2015, Edgar Santiago Pacheco, Carlos Magaña Toledano y Jorge Luis Rodríguez Basora publicaron una excelente obra biográfica titulada *Salvador Rodríguez Losa. 1935-2002. Historia y Antropología contemporánea en Yucatán*, que da cuenta de la producción académica de Salvador. Si bien el libro condensa lo principal de su trayectoria y por supuesto, cumple su cometido, tiene además un atributo extra: constituye un estímulo a la memoria de sus amigos, alumnos y familiares que seguro les traerá cientos de recuerdos de este inolvidable hombre. Gracias al libro citado, las nuevas generaciones sabrán de un gran personaje que condujo magistralmente la hoy Facultad de Ciencias Antropológicas, que supo desarrollar su potencial académico y que conservó la humildad aun en los tiempos en que personas e instituciones lo colmaban de elogios y distinciones. Recordemos pues este 15 de mayo a Salvador, el gran maestro.